

Desde la Torre

9/12/24

11

En nuestros días, la urgencia es el ritmo basal de las cosas. No es algo sorprendente ni antinatural, sino la consecuencia previsible de un mundo cada vez más densamente poblado. La investigación de la naturaleza de la relación entre las formas democráticas de gobierno y el surgimiento de la tiranía es un tema de perpetua actualidad que, no obstante y por lo anteriormente observado, alcanza el nivel de la urgencia en nuestros días.

Por un lado, esta relación ha sido convenientemente documentada y analizada a lo largo de la historia. Desde los historiadores griegos y romanos hasta la historiografía moderna, no ha habido episodio notable en que no se haya intentado trazar la correspondiente interdependencia de estos dos fenómenos políticos, al menos en el mundo occidental. Por otro lado, las sociedades que viven en estados democráticamente organizados parecen siempre incapaces de prevenirse frente a sus propias posibilidades de deriva tiránica. Lo hemos visto suceder en numerosas ocasiones, tantas que resulta realmente insensato pensar que no nos pueda pasar a nosotros y, aún así, tendemos a no concebirlo como posible.

Probablemente, el banco de pruebas de la historia es todavía la mejor fuente de aprendizaje que tenemos a nuestro alcance frente a este problema, pero sigue habiendo demasiados intereses en pugna, y urgentes, como para que la tarea de leerlo sea generalmente serena y jovial. Quizá precisamente por ello sea necesaria, hoy más que nunca, una tranquilidad y paciencia infinitas para tratar de comprender estos fenómenos. Una separación emocional completa y un desinterés personal real que dejen paso a un genuino amor por la verdad. Por la verdad en sí misma y por ella misma.

La pregunta que debemos tratar de responder es si la tiranía es mala y por qué. Se suele aducir que la tiranía es mala porque beneficia a unos pocos mientras arrebató la dignidad a la mayoría, pero ¿quién podría afirmar algo efectivamente diferente de la democracia? También se ha dicho que la tiranía no se debe prevenir por el mero hecho de que elimina el valor sagrado del individuo, sustituyéndolo por algún tipo de relato colectivo. Sin embargo, ¿qué sentido tiene el individuo en un mundo necesariamente masificado? ¿No es más valioso el orden, incluso para el individuo, en tales condiciones? Desde otras coordenadas morales se intenta argumentar que la tiranía es un error porque impide la libre expresión artística o la reflexión moral pública. Sería de una ingenuidad imperdonable, no obstante, no percatarse de que la rentabilidad y la popularidad son dictadores implacables sobre la creación en

democracia. En definitiva, no es algo probado que a los seres humanos no les iría mejor viviendo como las hormigas, por y para el hormiguero, siendo individualmente reemplazables. Al menos si eso fuera posible. Y en consecuencia, dado que nadie sabe si la tiranía es mala ni por qué, las sociedades democráticas caen una y otra vez.

Sin pretender abarcar la totalidad del fenómeno podríamos, quizá, empezar observando que la tiranía no es mala en sí misma, sino que tan solo es el síntoma de una perversión profunda que no nos atrevemos a reconocer como propia. La única y verdadera perversión propiamente humana, que consiste en rechazar la adhesión a la razón en favor del sometimiento al placer. Porque la tiranía no es más que el anhelo de que no haya nada por encima de nosotros, el deseo de que toda idea o valor no sea más que una ilusión y, en consecuencia, solo existan la necesidad y su satisfacción. Y los medios necesarios. La tiranía, en consecuencia, es también el rechazo a confesar que existen otros, y que no son objetos del mundo a nuestra disposición. Por todo ello, la deriva tiránica en una sociedad democrática debería verse como la mayor vergüenza a que una sociedad puede exponerse, revelándose como la señal de que, en el fondo, allí nadie quería libertad ni dignidad, sino simplemente esclavitud.